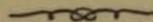


problemas arduos, sin abarcar las miras de la familia humana, ú otras cosas no menos arduas, declárasele indigno de su siglo, indigno de la fama, indigno de todo, menos de que en él claven sus acerados dardos los críticos que encuentran una oportunidad para mostrarse eruditos y para proclamar una vez más su manera particular de entender el progreso y encaminar á todo el mundo por la única senda que conduce á la verdad. Con tal criterio y con las premisas que por modo arbitrario sientan esos críticos, natural es que rarísimo ó ningún poeta responda á las que se han dado en llamar necesidades del actual momento histórico.

¿Qué extraño pues, que á Jorge Isaacs no le llamen poeta los que desearían ver puestos al servicio de la sociología la imaginación y el sentimiento, como oímos á cada paso pretenderlo entre nosotros? ¿Acaso no hemos oído aducir para probar la mediocridad de un poeta, que éste no interpreta las doctrinas filosóficas y sociológicas de Herbert Spencer?

Dejemos las cosas como están, ya que no cabe en nuestras facultades imprimirles nuevo giro, ó por mejor decir, encauzarlas, y demos fin á este capítulo haciendo votos porque las letras hispano-americanas se enriquezcan con nuevas obras de tan exquisito mérito como la *María* de Jorge Isaacs.



JOSÉ ANTONIO DE LAVALLE.

Cierta ocasión el malogrado escritor y diplomático mexicano D. Angel Núñez Ortega me escribió desde Bruselas recomendándome que, pues gustaba yo de las producciones literarias de los hijos de Sud-América, procurase cultivar la amistad de un distinguido escritor peruano, el Sr. D. José Antonio de Lavalles, con quien me había puesto en relación el mismo Sr. Núñez Ortega.

“Lavalles,—me decía,—no sólo es un verdadero literato, de sólida instrucción y depurado gusto, sino un

caballero de tan eximias cualidades, que encontrará vd. entre él y nuestro amigo y compatriota Pimentel grandes puntos de comparación, por más que en literatura cultiven ramos bien distintos."

Yo, que sabía cuán parco era Núñez Ortega en punto á elogios y recomendaciones, comprendí desde luego que muy merecidos los tenía el Sr. Lavallo cuando no se los escatimaba su exigente colega. El tiempo se encargó de confirmarme en tal idea: quedó establecida la correspondencia epistolar entre el literato peruano y el autor de este libro, y con esa correspondencia el cambio de nuestras obras. Estudié las suyas, y ví que la sobriedad de su estilo, el lenguaje castizo, la rectitud del criterio, la comprobación concienzuda de las afirmaciones y otras cualidades relevantes en un escritor, se encontraban reunidas en las producciones del Sr. Lavallo. Cultivé su amistad á través de la distancia y á pesar de lo irregular y lento de las comunicaciones entre México y Sud-América, y tuve, y tengo todavía la complacencia de admirar en sus cartas la cortesía pulquérrima, sin rebuscamientos, ingénita en los hombres de la talla del diplomático peruano; la modestia inseparable compañera del verdadero mérito, la sinceridad de la conciencia recta y honrada, y la benevolencia de los seres superiores en quienes la vanidad no tiene cabida.

Por eso hoy al compilar los estudios que para dar á conocer á los principales escritores y poetas de las Repúblicas hispano-americanas he llevado á cabo, no he querido que el nombre del Sr. D. José Antonio de La-

valle deje de ocupar el puesto que legítimamente le corresponde; valiéndome al efecto de las noticias que respecto á su vida y obras he encontrado en *La Tribuna* de Lima, de 11 de Marzo de 1884 y en el *Perú Ilustrado* de la misma ciudad, de reciente data, complementando esas noticias con las que por mí mismo he procurado adquirir, sobre todo en lo que se refiere á la enumeración de los principales escritos del Sr. Lavallo.

Abundante en datos por todo extremo fidedignos el presente trabajo tendrá, á falta de otro mérito, el de ser el más completo entre los que hasta hoy se han publicado sobre el mismo tema.

El Sr. D. José Antonio de Lavallo y Saavedra, nació en la ciudad de Lima el día 2 de Marzo de 1833, de padres que lo fueron el Sr. D. Juan Bautista de Lavallo, antiguo Brigadier de los ejércitos españoles, quinto hijo del Conde de Premio Real, y de D<sup>a</sup> María Inés de Saavedra, hija segunda de los Condes de Casa Saavedra.

Con maestros escogidos entre los mejores de la época, hizo en su propio hogar su educación primaria, ingresando, una vez que la hubo terminado, al Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, que dirigía á la sazón el Dr. D. Sebastián Lorente, y en el cual colegio cursó Filosofía, Matemáticas, Historia, Economía Política, Literatura, Historia Natural, Derecho Natural y Derecho de Gentes.

Contaba diez y ocho años, cuando, al salir del mencionado Colegio (1851), fué nombrado Adjunto á la Le-

gación del Perú en Washington, para donde partió en Agosto de aquel año. En el siguiente fué trasladado con el mismo empleo á la Legación en Roma, y de ésta, en 1853, á la de España.

Asuntos domésticos le hicieron regresar á su país, gobernado entonces por el general Echenique, quien le ofreció el cargo de Secretario de segunda clase de la Legación en Santiago de Chile.

Poco después contrajo matrimonio (1854), con la Srita. su prima D<sup>a</sup> Mariana Pardo y Lavalle, hija del ilustre poeta é insigne estadista D. Felipe Pardo y Aliaga, y hermana del malogrado D. Manuel Pardo, Presidente después de la República peruana.

Dedicado al estudio y al arreglo de los intereses de su casa, vivió durante los años de 1854 á 1858. En ellos hizo sus primeros ensayos periodísticos, al lado de Pacheco, Camacho y Arnaldo Márquez, en el *Heraldo* de Lima, comenzando desde entonces á manifestarse sus tendencias profundamente conservadoras.

En 1858 fué elegido el Sr. Lavalle Regidor de la Municipalidad de Lima que le designó como uno de sus Síndicos. En el mismo año reunió en un volumen los artículos que había publicado en el *Heraldo* en defensa del proyecto de Constitución de que era autor su suegro, y formó parte de la Comisión encargada de organizar el Archivo Nacional.

Con el título de *Don Pablo Olavide, apuntes sobre su vida y sus obras*, publicó el Sr. Lavalle en 1859 un libro, cuya segunda edición hecha en 1885, poseemos. Ese libro contiene el estudio más completo que se co-

noce sobre el ilustre autor del *Evangelio en triunfo*. Es una obra copiosamente documentada, y en la que, tal vez mejor que en cualquiera otra de las producciones del Sr. Lavalle, se descubren sus ideas religiosas y se conocen los que podríamos llamar sus procedimientos literarios, que no son otros que los que brevemente expusimos al principio de este capítulo.

Olavide, autor de una obra que, como *El Evangelio en triunfo*, obtuvo tan grande resonancia en el orbe cristiano, no había tenido hasta 1859 un biógrafo digno de sus merecimientos. La tarea por el Sr. Lavalle emprendida y llevada á feliz término, fué una obra de reparación justiciera, de reivindicación de una gloria peruana. Y cuenta con que el Sr. Lavalle, para dar cima á su noble y patriótica empresa, no apeló á los recursos de que las más de las veces se valen los que enamorados de su personaje se proponen deificarlo, y procuran cautivar el espíritu del lector con el brillante colorido de la narración y con las seductoras galas del lenguaje poético. Biógrafo severo el Sr. Lavalle, sobrio por extremo, en el trabajo que nos ocupa, logra sin embargo revestir del mayor interés su relato, y nos hace asistir á las escenas más palpitantes de aquella vida azarosa y nos hace estimar en todo su valor la clarísima inteligencia y la profunda sabiduría de D. Pablo Olavide.

Era yo muy joven, niño podría decir, cuando mi padre me recomendó la lectura del *Evangelio en triunfo*, sabiendo muy bien que no había de encontrar árida la lectura de aquellas páginas sin nebulosidades metafísicas, sin obscuridades teológicas, y en las que sencillas

pero magnificentes brillan las doctrinas del mártir del Gólgota. Pasaron los años; las ideas impuestas por la dulce y santa presión de los autores de mis días, fueron modificándose á influjo de nuevas lecturas y de propias observaciones, y sin embargo cuando el Sr. Lavalle me envió la biografía del autor de aquel libro leído por mí en días ya lejanos, despertaron los recuerdos de esos días, y holgueme de conocer en todos sus pormenores la existencia de un escritor tan preclaro y tan digno de respeto por la convicción sincera, por la fe ardentísima con que profesaba y defendía las doctrinas del Crucificado. Ciertamente que si volviera hoy á recorrer aquellas páginas, no comulgaría con las ideas del autor; más estoy seguro también de que continuaría reconociendo su talento y su saber, y continuaría respetándole, doliéndome de que su existencia hubiese sido acibarada por émulos que distaban mucho de merecer que con Olavide se les comparase.

El Sr. Lavalle posee el don de hacer amable lo que él ama. No puede hacerse mayor elogio de un biógrafo, ni hay nada tampoco que pueda colmar su ambición; toda vez que quien á tales labores se dedica siéntese alentado, fortalecido únicamente por el amor á las glorias ajenas, si éstas se reflejan sobre la patria ó sobre la humanidad. Pero entiéndase bien que hablamos de los escritores de conciencia, de los verdaderos biógrafos; no de los que por mezquina especulación ponen su pluma al servicio de quienes más tarde ó más temprano pagarán con usura las páginas en que se les ha ensalzado; sin dejar por eso de ver demasiado

pequeños á los que á ellos les proclaman muy grandes.

Algunos conceptos de Lavalle sobre la Compañía de Jesús, fueron atacados por el Dr. Ulloa. El biógrafo de Olavide replicó en *El Comercio* en una serie de artículos intitulada "Los Jesuitas," manifestándose adalid ardiente de la famosa institución. Pero como Lavalle no ha descendido nunca al fango de las diatribas, como es caballeroso y leal y respeta las ajenas creencias para tener derecho á que las suyas sean respetadas, en ese mismo año en que contendió con el Dr. Ulloa, fundó en unión de éste y de Camacho, Palma, Pardo y otros escritores jóvenes á la sazón, *La Revista de Lima*, publicación literaria que llegó á constar de siete tomos, tan raros como solicitados hoy por los amantes de la literatura peruana. Multitud de estudios históricos, biográficos, críticos y literarios, sobresalientes por su mérito y originalidad, fueron el valioso contingente de Lavalle en la citada Revista.

Electo diputado por la capital, en 1860, al Congreso reformador que se reunió aquel año, desempeñó sus funciones, y en el siguiente formó parte de la Comisión Permanente que debía actuar hasta que en 1862 se reuniese la Legislatura. Un cuidado de familia obligóle á solicitar una licencia de seis meses, los que empleó en un detenido viaje á Chile. Allí fué objeto de muy merecidas distinciones: la "Sociedad de Amigos de la Ilustración" de Valparaiso y el "Círculo de los amantes de las letras" de Santiago, le inscribieron entre sus miembros.

Fruto del viaje de que acabamos de hablar es el de-

tenido estudio publicado por Lavalle en la *Revista de Lima*, con el título de *Chile en 1861*.

Reanudadas las tareas Legislativas en 1862 volvió él á ocupar su puesto, y, como la vez anterior, fué designado al clausurarse el Congreso, para miembro de la Comisión Permanente á pesar de la ruda oposición que le hizo el Ministerio.

En 1863 desempeñó en la ciudad de su nacimiento el cargo de Jurado de Imprenta.

Electo nuevamente diputado en 1864, si bien llenó los deberes de su encargo, rehusó, al clausurarse la Cámara, figurar en la Comisión Permanente como lo deseaba la oposición que estaba en mayoría.

Durante sus tareas parlamentarias apenas apuntadas en lo que precede, el Sr. Lavalle, al decir de uno de sus biógrafos, "acentuó sus principios ultra-conservadores en política, y católicos hasta el ultramontanismo en religión."

En 1865 la "Sociedad de Beneficencia" de Lima inscribióle entre sus miembros, le confió la inspección del Hospicio de la Maternidad, le eligió luego Vicepresidente, y por último le encargó de su Dirección.

Fué en ese mismo año cuando se proclamó Dictador del Perú el entonces Coronel D. Mariano Ignacio Prado, y como tal suceso trajo consigo la disolución de la Legislatura á que el Sr. Lavalle pertenecía, vióse desligado de la vida pública y resolvió trasladarse á Europa, como lo hizo, en Febrero de 1866.

Nueve años empleó el Sr. Lavalle en residir y viajar sucesivamente en Francia, España, Inglaterra, Bélgica,

Holanda, Suiza y Alemania. Hallábase en Londres en 1873 cuando recibió el nombramiento de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en las cortes de San Petersburgo y de Berlin, y partió á desempeñar su misión.

Electo Senador, cuando se encontraba en la primera de aquellas cortes, solicitó una licencia de su Gobierno y fué á tomar posesión de su cargo en Agosto de 1874. Breve fué su permanencia en la tierra natal, pues pasó á Chile; lo que dió lugar á que se creyese, que llevaba una misión secreta del Presidente Pardo, sospecha infundada si hemos de dar fe, como debemos darla, á la declaración del mismo diplomático.

Regresó á Rusia en el propio año de 1874, y en el siguiente sufrió la irreparable pérdida de su distinguida y noble esposa, cuya delicada naturaleza no pudo resistir los rigores del clima de San Petersburgo. Terminada su misión, trasladóse á Berlin en 1875 en donde permaneció hasta el año siguiente en que volvió á Lima para tomar parte en la Legislatura de aquel año. Por esos mismos días, el "Club Literario" y la "Sociedad de Bellas Artes" le llamaron á su seno.

Después de renunciar la misión diplomática, volvió á Europa en 1877, en busca de su familia, y al regresar ocupó su asiento de Senador en la Legislatura de 1878 á 1879, á cuya terminación fué nombrado el Sr. Lavalle Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Chile. Poco antes había sido electo vice-Director de la Sociedad de Beneficencia y héchose cargo, por segunda vez, de su Dirección.

Corta fué la residencia del diplomático peruano en Chile, pues declarada la guerra el 5 de Abril de aquel año, puso término á su misión. A su regreso á la patria fué designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Brasil, para cuya corte salió en Junio, permaneciendo en ella hasta que los repetidos desastres de las armas peruanas en el Sur, le hicieron prever el desenlace fatal de aquella lucha. Deseoso entonces de encontrarse al lado de su familia que permanecía en la ciudad de los Reyes, presentó su renuncia el Sr. Lavalle y se dirigió á su patria por la vía de Europa, recorriendo nuevamente Portugal, España, Francia é Inglaterra.

Rudo golpe le esperaba al pisar la tierra nativa, pues al llegar sólo tuvo tiempo para recoger en los sangrientos campos de San Juan el mutilado cadáver de su hijo Fernando, su compañero en las Legaciones de Chile y el Brasil, y que era un "bizarro joven de 22 años que murió al pie de la batería que mandaba como capitán de artillería volante."

Y como si no bastara tan tremenda desgracia á saciar las iras del destino, como si la contemplación de las ruinas de la patria no colmara la medida del sufrimiento de un corazón bien formado, la autoridad chilena, la autoridad impuesta al Perú al ser vencido, redujo á prisión (Septiembre de 1882), al eminente ciudadano, después de haber pagado éste el cupo que le asignó, y no obstante haber ofrecido al Dr. García Calderón una suma no despreciable por el rescate de Lima. Fué más allá la tiranía del invasor: en Octubre

desterró á Lavalle á Chile y le confirió á Talca primero y después á Chillan. Empero aquella persecución lejos de hacerle desfallecer, retemplaba su espíritu y acrisolaba su patriotismo. Había apurado con la serenidad de que sólo son capaces los grandes ciudadanos, el supremo dolor de ver muerto á su hijo, y mal podía sentirse abatido al condenársele al ostracismo! Por amor á la patria habría subido impávido las gradas del cadalso, honrando la noble sangre de su progenitor castellano.

Tengo por la República chilena grandes simpatías, y úneme á algunos de sus hijos más ilustrados los lazos de sincera y franca amistad. Veo en Chile un pueblo culto y progresista como el que más en la América Latina; las obras de sus literatos más conspicuos me han enseñado las glorias políticas y literarias de ese pueblo enorgullecido con justicia de sus adelantos debidos á su propio esfuerzo, y no podrá tachárseme de apasionado en contra suya, si hoy, al reseñar la vida de un peruano eminente, me atrevo á manifestar que, á mi juicio, mal se compadecen la grandeza y la altitud de miras de esa nación, con la crueldad desplegada por ella á la hora de vencer á una República hermana, y de vencerla en pleno siglo diez y nueve. No fueron más allá las huestes prusianas al hollar el territorio francés para vengar una vez por todas añejos agravios, sin que existieran entre ambos pueblos los sagrados vínculos de raza que entre el Perú y Chile existían. ¡Plegue al cielo que el Continente descubierto por el inmortal genovés, no vuelva jamás á ensangrentarse ni á cubrirse

con los despojos de héroes cuyo ardimiento, cuya vida generosa, no deben sacrificarse sino cuando la raza ó la civilización peligren! Grandes destinos tienen que llenar en América los pueblos hispano-americanos, y es, por lo tanto, un crimen empobrecerse, aniquilarse en luchas fratricidas en vez de buscar en la comunión de sus ideales el acrecentamiento de su poder, de su grandeza, y de su respetabilidad.

Tras esta breve digresión que el lector perdonará en gracia del móvil que la inspiró, veamos cuál fué la conducta del Sr. Lavalle al volver del destierro en Marzo de 1883.

Puesto en libertad el mes anterior, encontróse al llegar á Lima con el nombramiento de Plenipotenciario para ajustar la paz con Chile, nombramiento expedido en Cajamarca por el General Iglesias, con fecha 5 del citado mes de Marzo.

Intimamente convencido el Sr. Lavalle de que la salvación de la patria dependía de la paz, y cierto de que el General Iglesias era el único que podía dársela al Perú, se dedicó á obtenerla con inquebrantable firmeza, coronando sus esfuerzos el éxito más completo; por donde se ve que el nombre del sesudo escritor y hábil diplomático está grabado en los fastos peruanos con caracteres indelebles.

De cuantas funciones difíciles pueden confiarse á un ciudadano por el gobierno de su país, ninguna más ocasionada á convertir al más probo y patriota servidor público en víctima de la maledicencia, que la de Plenipotenciario en las guerras internacionales. Por lo ge-

neral no llega á hacerse cumplida justicia al diplomático sino cuando ha desaparecido de la escena del mundo. No importa que sus actos hubiesen sido ajustados á las instrucciones recibidas, no importa que las circunstancias especiales del caso hubiesen exigido algunos sacrificios en obvio de mayores males: cada uno de sus compatriotas se convierte en censor implacable, todos creen que pudo haber encontrado solución más digna y más ventajosa; no hay quien no se atribuya las cualidades que cree hallar de menos en el asendereado diplomático. Y por dichoso se tendría éste si no fueran más allá sus émulos. Muchas veces su honra se mira vilipendiada, sin que á él le sea dado vindicarse, esclarecer los hechos, hacer conocer la verdad en toda su plenitud. Estas brevísimas consideraciones harán comprender al lector, cuánto patriotismo y cuánta abnegación serán necesarios para no rehusar el desempeño de una misión como la que al Sr. Lavalle confió el gobierno de su patria en la situación más difícil y angustiosa por que ha pasado aquella República.

Desempeñó en Agosto de ese mismo año, interinamente, la Delegación del Supremo Gobierno durante la ausencia del Sr. Castro Zaldívar, y cuando en el propio mes el General Iglesias juzgó necesario organizar su Gabinete, ofreció al Sr. Lavalle la presidencia, y el encargo de formarlo. Imprescindibles deberes en su propio hogar le obligaron á rehusar tan honroso encargo; pero deseando dar al Presidente y al país un testimonio de su abnegación, aceptó la cartera de Relaciones Exteriores en el Ministerio Barinaga, permaneciendo

en ese puesto desde el 4 de Septiembre hasta el 20 de Noviembre de 1884 "con aplauso y respeto de todos los ciudadanos honrados, que tienen culto por el saber, la capacidad y una vida digna en todo sentido," como dice su biógrafo Zegers á quien seguimos.

Es digno de anotarse el hecho de que el Sr. Lavalle nunca ha descuidado el cultivo de las letras, ni en medio de las ocupaciones de su agitada vida en el Parlamento y en la diplomacia. Bien lo demuestra la siguiente noticia de los principales escritos á él debidos:

I. *Comentarios* al proyecto de Constitución escrito por el Sr. D. Felipe Pardo y presentado á la Convención Nacional de 1855.—Lima 1859.

II. *Don Pablo de Olavide*, apuntes sobre su vida y sus obras.—1ª edición, 1859. 2ª, 1885.

III. *Los Jesuitas*, contestación al artículo titulado "Olavide y los Jesuitas"—publicado por el Dr. D. José Casimiro Ulloa.—1859.

IV. *Ensayos biográficos, históricos y críticos*: El General Varca.—El Dr. D. José Manuel Valdez, apuntes sobre su vida y sus obras.—Un penitenciado por el Santo Oficio.—La ejecución de Antequera.—D. Vicente Morales Suárez.—O'Higgins, (el Marqués de Orsorno).—Abascal (el Marqués de la Concordia).—El Capitán Doria.—Don Pedro Bravo de Lagunas y Castilla.—El primer Tupac Amaru.—El Príncipe de Esquilache.—La Perricholi.—Dª Ana de Osorio.—Un limeño aventurero.—El Padre Rodrigo de Valdez.—Dª Mariana Belzunce.—Juan de la Torre (uno de los trece de la isla del Gallo).—Don Hernando de Cárdenas.—Dª Inés

Bravo de Lagunas, (la primera doncella noble que vino á Lima).—De cómo el apóstol Santo Tomás estuvo en el Perú.—El Dr. D. Bartolomé Herrera.—D. Francisco Lazo.

Los estudios enumerados, fueron publicados en *El Comercio*, *La Revista de Lima*, *La Revista Peruana*, *El Ateneo de Lima*, *El Perú Ilustrado*, y diarios y periódicos.

V. *Exposición* presentada á S. M. el Emperador de todas las Rusias, árbitro entre el Perú y el Japón, en el caso de la barca "María Luz" como Plenipotenciario del Perú. 1875.

VI. *Negociaciones* entre el gobierno de los Estados Unidos y el de S. M. Británica, respecto al reconocimiento de la Independencia de los Estados Hispano-Americanos. 1874.

VII. *Páginas de un libro que no se publicará*. El Czar.—La Czarina.—El Príncipe Canciller.—Un ministro del Señor.—Mi cazador.—Una adepta de Pitágoras.—El Czarewitz y la Czarewina.—Un monarca americano.—Xenia Basilicione.—Otro Príncipe Canciller.—Lord Odo Russell, etc., etc.

VIII. *A través de Rusia*, traducción al polaco, Cracovia 1877.

IX. *La última crisis electoral en el Perú*. 1872.

X. *Chochees*, (bajo el seudónimo de Perpetuo Antañón): El Oidor del Tabardillo.—Un Presidente poeta.—El hundimiento de Montesclaros.—La espada sin empuñadura.—Asunto concluido.—Nuestra Señora del Corongo.—Un Alcalde que sabía dónde le ajustaba el

zapato.—De menos hizo Dios á Cañete.—El vivo se cayó muerto y el muerto partió á correr.—La Vieja.—El Barbero.

XI. *Salto atrás*, novela anónima.

XII. *La hija del Contador*, novela descriptiva y de costumbres antiguas. Inédita.

XIII. *Mi misión á Chile en 1879*. Inédita.

El Sr. Lavalle, á más de los diplomas de las Sociedades literarias de su país y de Chile ya citadas, posee los de Correspondiente extranjero de las Reales Academias españolas de la Lengua y de la Historia, y las siguientes condecoraciones con que ha sido honrado durante su carrera diplomática:

Cruz de Caballero de San Gregorio Magno, concedida por Pío IX. Cruz de Caballero de la Orden de Carlos III, por D<sup>a</sup> Isabel II. Cruz de Comendador de la Orden de N. S. Jesucristo, por el Rey D. Luis de Portugal. Gran Cruz de primera clase de la Orden de San Estanislao, por el Czar Alejandro II. Gran Cruz de la Rosa del Brasil, por el Emperador D. Pedro II.

Tales son, brevemente reseñados, los títulos que como estadista, como literato y como diplomático, tiene el Sr. D. José Antonio de Lavalle y Saavedra á la estimación y al respeto de sus conciudadanos, y también al respeto y á la estimación de cuantos se precien de saber honrar todo lo que es noble, todo lo que es grande por la inteligencia, por el saber y por el patriotismo.



EDUARDO DE LA BARRA.

Los biógrafos que me han precedido en la tarea de dar á conocer al Sr. D. Eduardo de la Barra, y muy especialmente los Sres. D. Pedro Pablo Figueroa y D. Leonardo Eliz, no me han dejado campo en que espiar, pues los estudios á ellos debidos contienen copiosos datos y atinadas apreciaciones sobre la vida y obras del publicista y poeta chileno; datos y apreciaciones que no podría mejorar nunca, ni aun siquiera revestir de interés, y de novedad en la forma. Mas no puedo resignarme á no incluir en esta galería al Sr. de la Ba-